

PINOCHO

AÑO. V
NUM. 213

25 cts

17 MARZO
1929

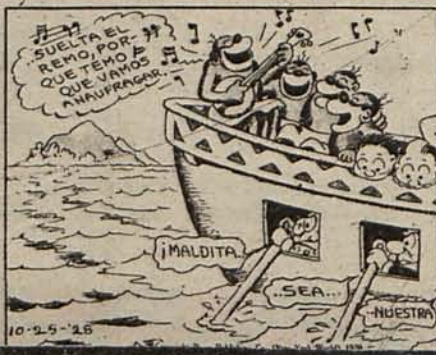
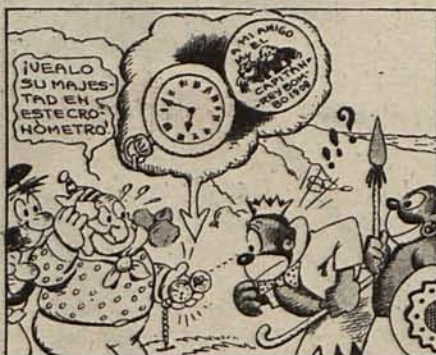


- A MI ME GUSTA EL QUESO, PERO COMO ME HACE DAÑO PIDO SIEMPRE "GRUYERE"
Y ME COMO SOLAMENTE LOS AGUJEROS. DE ESTE MODO ME SIENTO ADMIRA-
BLEMENTE.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

interrogatorios que el juez instructor vino frecuentemente a hacer a mi cabecera, comprendí que sospechaban de mí como cómplice en el hurto y asesinato del arsenal; y podréis figuraros el dolor y la vergüenza, ya que no la sorpresa, que experimenté cuando, al salir del Hospital, se me declaró arrestado.

«—Pero Vd. sabía que aquella noche se custodiaba en las cajas del arsenal una suma importantísima?—objetó el acusador.

«—Sí, sabía que el *Neptuno*, procedente de las Colonias, traía aparte de la carga mercantil acostumbrada, un valioso cargamento de dinero; ochocientos cincuenta mil francos, que, después de las comprobaciones de uso corriente, debían ser expedidos a París...

«—Eso es, pues...

«—Pero no era yo el único en saberlo »

Los ladrones, con cuya pista no se logró dar, aunque seguidos de cerca por los soldados del Arsenal, habían podido extraer de la caja de caudales casi un millón en papel-moneda, dejando naturalmente el oro y la plata por no tropezar en su fuga con impedimentos. Hicieron minuciosísimas pesquisas en Tolón y sus alrededores, se vigilaron los puertos de la nación y todos los desembarcos en el extranjero, pero sin ningún resultado. No obstante ser conocidos los fugitivos, supieron éstos eludir la sagacidad y la previsión de toda la policía.

Eran los criminales escapados: el teniente Larouchy, el contra maestre Foichant y el marino Garré que en la noche del 24 de Marzo estaba de servicio a la puerta del Arsenal. No se tuvo más noticia de ellos; pero se creyó reconocerlos y saber de qué modo consiguieron hacerse invisibles, cuando al cabo de algún tiempo se supo que tres individuos, en la mañana del

26 de Marzo, habían alquilado a un pescador de Saint-Malo un vaporcito de pesca para dar un paseo por la bahía y no habían vuelto al fondeadero.

Evidentemente, el robo y la fuga habían sido preparados con gran antelación con rara maestría, y se había organizado un plan de pronta y segura ejecución para que los culpables pudieran eclipsarse dado el golpe. No debían aguardar más que la llegada de una de las gruesas sumas que periódicamente descargaban en Tolón a fin de ser transmitidas a París, para llevar a efecto el robo proyectado. La muerte del comandante no entraría ciertamente en los designs de los ladrones, pero se había hecho inevitablemente necesaria, tanto más, cuanto que al decir del capitán D'Alimand, durante los interrogatorios, aquél había sido el primero en hacer uso del revólver.

En conclusión: considerando la hora insólita en que el capitán fué sorprendido en los locales de la caja y su conocimiento de la existencia de la importante suma en las oficinas del Arsenal, así como la notoria amistad que le unía con el teniente Romain, y habida cuenta de la comprobación que se hizo de las balas extraídas del cadáver del comandante con el calibre coincidente del revólver encontrado en manos de D'Alimand, cuyos cartuchos, además, se hallaron todos quemados, no se juzgó suficientemente atendible la versión dada por el acusado, contra el cual se pronunció la sentencia de muerte. Esta pena fué después conmutada por la de deportación perpetua en la penitenciaría de la Senegambia. Igual pena se aplicaba en rebeldía a los tres foragidos Larouchy, Foichant y Garré, previa confiscación de sus bienes.

Más fácilmente se puede imaginar que describir el dolor desesperado de Enrique, quien, convencido de la inocencia de su padre, no podía consolarse al vérselo arrebatar para siempre condenado a morir un poco cada día entre una población de delincuentes, en un país bár-

baro, en los pérfidos climas de las regiones ecuatoriales. El pobre joven, se encontró, a consecuencia de tan trágicos acontecimientos, solo y desvalido en el mundo cuando aún no contaba diez y ocho años, obligado a ganarse la vida en cualquier forma en aquella moderna Babilonia de París. Pero su inteligencia, su actividad y su destreza hallaron la suerte que merecían. Dió primero con un editor que apreció convenientemente sus aptitudes prontas y vivaces para el dibujo y la pintura y le empleó junto a sí para ilustrar periódicos y libros editados por su Casa. Así es como se desarrollaron y prepararon más tarde las otras aptitudes que estaban latentes en el joven y que después debían conducirle a una rápida fortuna y casi a los umbrales de la celebridad: quiero decir, las aptitudes para el periodismo, por el cual llegó a abandonar un día los lápices y los pinceles. Entró entonces a formar parte de un periódico diario de gran circulación, *La Actualidad*, donde en el transcurso de algunos meses fué promovido al puesto de Vicedirector que últimamente había dimitido a consecuencia de ciertas disensiones surgidas entre él y el propietario de la publicación.

Y ahora, nueve años después de los hechos que acabo de exponer, estaba en vísperas de renunciar a aquel cargo honrosamente desempeñado por tan largo tiempo, para convertirse en el redactor-corresponsal del mismo periódico en países extranjeros. Pero en esa decisión no estaban sólo en juego sus ambiciones de periodista y escritor. Pensaba que sus nuevas tareas podrían permitirle ver a su padre de vez en cuando, si le era dado, en sus peregrinaciones a través del mundo, aproximarse a la triste colonia penal donde la justicia de los hombres reúne a veces con los culpables de los más atroces delitos al inocente que de ellos ha sido víctima.

II

Los caprichos del 28º, 17'.

—Vamos a ver—dije a mí amigo que aún tenía apoyada la frente en la palma de la mano en actitud pensativa—¿qué otra cosa grave te ha sucedido?

Enrique me miró a la cara sin responder.

—Sigo refiriéndome a ese asunto de la carta...

—Nada—contestó el joven con visible esfuerzo.

Y luego, inclinando tristemente la cabeza, murmuró:

—¡Ah! creer que se ha alcanzado la felicidad, no necesitar más que extender la mano para asirla por fin, y ver que huye así; que se alejan, que se desvanecen como un sueño las propias inopinadas esperanzas...

—Pero ¡qué estás diciendo! ¿Por qué huir, por qué un sueño? ¡Tú estás loco! Es menester que no te atormentes de ese modo; necesitas reposo y calma. Ve a dormir un poco. Hablaremos luego.

—¿Dormir? ¡no podría!—Y después de una brevísima pausa:—¡Oh! ¿no te parece también a tí que la cosa es imposible dadas...

—...¿las pocas indicaciones? Es verdad; la carta está incompleta; pero tú posees la parte sustancial, la más importante, la que te da el mayor número de indicaciones. Y además, al fin y al cabo, un paralelo no es más que una línea...

—Dos líneas.

—¿Cómo dos?

—La carta no dice si el paralelo en cuestión está al Norte o al Sur del Ecuador.

—¡Ah!, ¡es cierto! no había pensado en eso. Pero de todos modos no son sino dos líneas...

—Dos líneas de una circunferencia bastante desarrollada, puesto que el paralelo 28 no está muy distante del Ecuador.

—Verdad; pero tienes otras indicaciones precisas. Todo se reduce a encontrar el punto en que uno u otro de los paralelos se cruza con las márgenes de un gran río.

Habrás observado que la carta dice «un gran río». Deben ser, pues, excluidos sin más ni más todos los cursos de agua de menor importancia.

—Sí, está bien; pero...

—Pero busquemos un buen mapa planisférico, o mejor aún, un mapa-mundi...

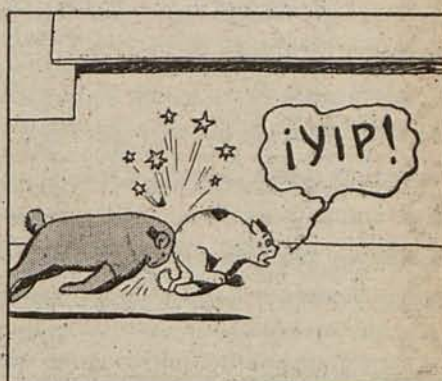
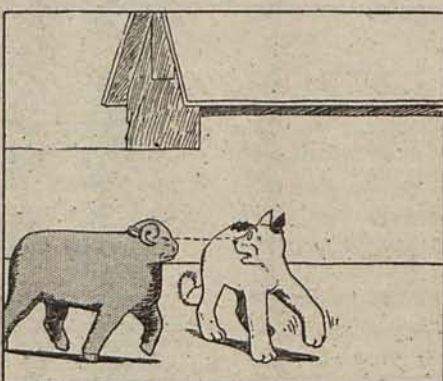
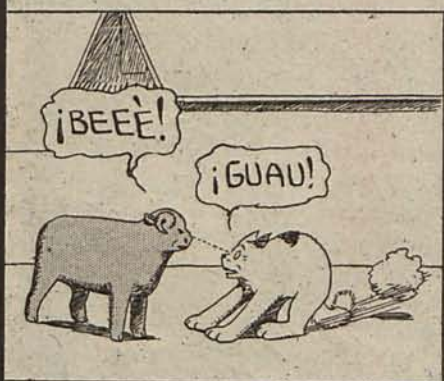
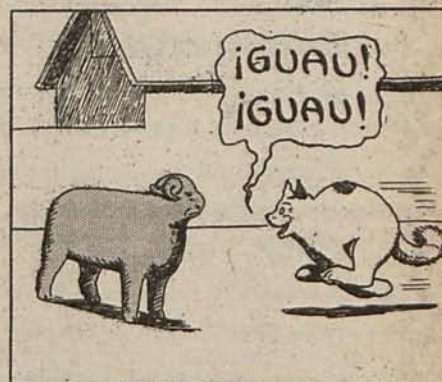
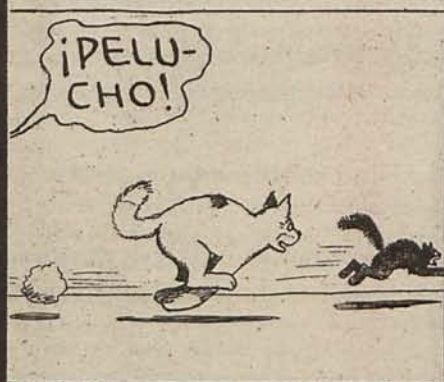
—Ya está hecho. Me he pasado el día entero en la Sociedad Geográfica.

—Tanto mejor.

(Continuará en el próximo número)

ANITA

BUEN-CORAZON





LA ISLA DE FUEGO

POR E. SALGARÓ

(Continuación)

—Entonces, ¿no conoce usted la isla del Fuego?

—La veo ahora por primera vez.

—¿No le parece que el mar comienza ahora a inflamarse? — me dijo de improviso con voz demudada. — Miré hacia la isla. Fuese ilusión o realidad, me pareció como si el agua que circundaba la isla se hubiese incendiado de pronto. Llamaradas azules empuñaban las crestas de las ondas movidas por la marea y aparecían retorciéndose a flor de agua.

—¡El mar arde! — dijo el capitán.

Ví que se fruncía su frente bañada en frío sudor y que tomaba el palo para meterlo en el agua y mojar en él su mano. — El calor va en aumento — dijo. — Dentro de poco comenzará el agua a hervir y el fuego se extenderá cada vez más.

—¿Qué sería de nosotros si el viento no lo alejaba de nuestro buque y nos empujaba hacia la costa de Nueva Zelanda? ¡Qué oportunidad de la máquina, averiarse en semejante ocasión! El misterioso fenómeno adquiría entre tanto tales proporciones que me hizo abrigar serios temores.

La cumbre del islote se encendía con mayor fuerza, lanzando hacia el cielo inmensas lenguas de fuego y nubes de humo negrísimo en tanto que el mar en todo el contorno de la isla se veía que bullía como si en su fondo existiese un volcán.

No se oía sin embargo ningún ruido, ningún estrépito, ni se veían por el aire grandes masas lanzadas en erupción. No podía pues llamarse aquello una verdadera erupción volcánica.

Las llamas que surgían entre las olas se extendían y parecía como si tuviesen hecho propósito de alcanzar a nuestra nave.

De pronto llegó a mi olfato una ráfaga cuyo olor reconocí al punto.

—Señor Watt — dije — ¡cualquiera diría que aquellas llamas son producidas por un incendio de petróleo y azufre! ¿Me equivoco?





—No,—contestó el capitán.— Las materias que arden son petróleo y azufre.

—¿Corremos un serio peligro? Dígamelo francamente, señor Watt.

—Creo que no, en tanto que no se hunda la isla. Le miré con sorpresa. —¿Que se hunda la isla? —repetí creyendo haber oído mal. —¿Qué me dice señor Watt?

—Que ese fenómeno aunque pueda alcanzar extraordinario incremento, cederá: no estoy muy seguro. Esperémos en tanto a que llegue ese momento quizá lejano. ¿No siente usted agitarse ahora las velas? ¡Buena señal! La brisa llega a tiempo en nuestra ayuda. Era cierto. El viento se alzaba dando a entender que iba a aumentar rápidamente.

Las velas se hinchaban y la «Victoria» iniciaba la marcha.

Poco a poco la frente del señor Watt comenzó a serenarse. Dió órdenes para que se desplegasen todas las velas disponibles y maniobrar en forma que nos mantuviésemos alejados de la isla flameante. Fué una verdadera suerte aquella que nos deparó la brisa, pues las llamaradas que se deslizaban entre el oleaje, aumentaban y se extendían cada vez más. El agua en tanto hervía ¡caleculad con cuanta diversión para los peces! ¡Estarían cociéndose alegremente en aquella enorme cacerola! La isla se iba cubriendo de vapores densísimos rasgados aquí y allá por azuladas lenguas de fuego. En torno de ella no se descubría nada más, tan espeso era el humo que la circundaba.

El espectáculo era al mismo tiempo que hermoso, terrible. Todo el mar que rodeaba la isla ardiendo en llama y aun los mismos abismos parecían incendiarse. El viento que nos llegaba de la parte de la isla arrastraba nubarrones de humo tan mal oliente que en algunos momentos creíamos que nos íbamos a asfixiar.

El capitán ordenó cerrar todas las ventanas para que el humo no penetrase en los camarotes. La «Victoria» se iba alejando, no con mucha velocidad a causa de su poco velamen y exceso de carga, pero era lo suficiente para interponer entre ella y las llamas que nos perseguían la distancia conveniente. Durante tres horas estuvimos viendo las llamas y el humo coronando siempre las cumbres de la isla: al rayar el alba llegó a nuestros oídos un estruendo espantoso que nos hizo retumbar los oídos durante algunos minutos y vimos que el humo poco a poco se iba disipando.

—¡Mire!—me dijo el capitán Watt—¿La ve ahora?

Volví la mirada hacia la isla y... aquello parecía increíble. La isla había desaparecido. Ya no había ni trazas del humo ni de fuego ni bullía hirviendo el agua. Sólo en la superficie se

veían masas enormes de peces muertos, probablemente cocidos.

—Ahí tienen los isleños una fortuna para recogerla y seguramente no dejarán que se les escape tan buena ocasión—dijo el capitán—Cuando ven que arde la isla de Fuego preparan sus barcos seguros de hacer una buena pesca.

—Mírelos allí ¡son aquellos puntos negros que se destacan de las costas de Nueva Zelanda!

—Cierto es—contesté.

—Ya se acercan los pescadores por su presa.

—¿Y no corren peligro acercándose a la isla de Fuego?

—Ninguno, amigo mío—me contestó.

—Explíqueme ese extraordinario fenómeno de una isla que desaparece.

—Y que vuelve a aparecer—añadió el Sr. Watt.

—¡Es increíble!

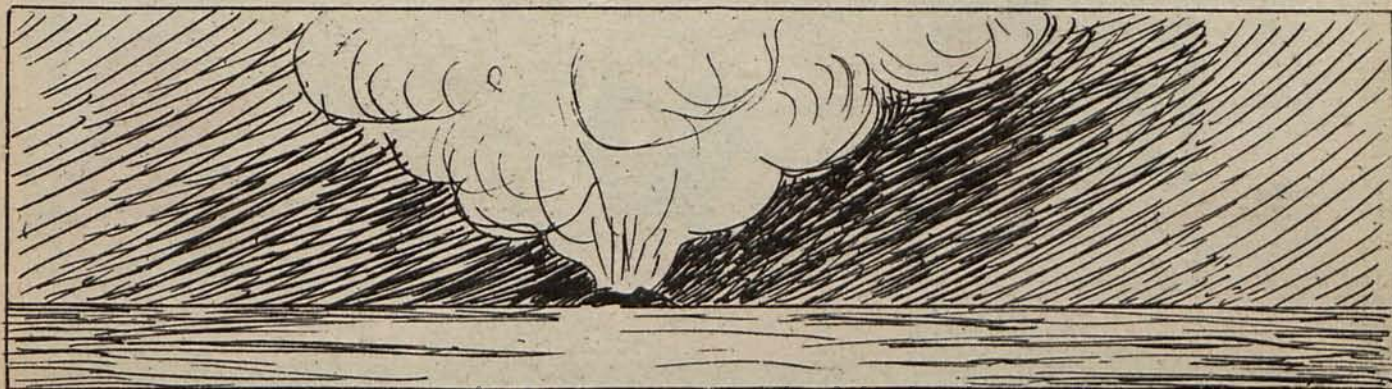
—¡Pero muy cierto!

Me cogió del brazo y me guió hasta su cabina haciéndome sentar ante su mesa en la que habían llevado en aquel momento un servicio de té. Me invitó a beber una taza, me regaló un cigarrillo y recostándose en el diván que corría en torno de la pared, dijo:

—Hace dos años el *Wright*, un hermoso vaporcito que hacía el servicio entre Brisbane y los puertos de Nueva Zelanda, dejaba la costa australiana con 220 pasajeros y una considerable carga de carnes en conserva y maderas de construcción. Hasta esa fecha nadie había oído nunca hablar de la Isla de Fuego. Los mapas marítimos señalaban por aquí unos bajos fondos peligrosos que debían rehuir los navegantes, pero nada más.

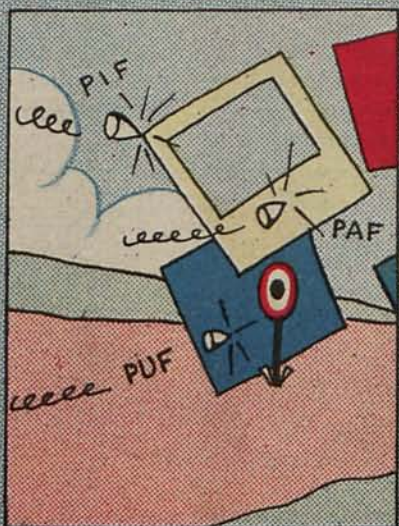
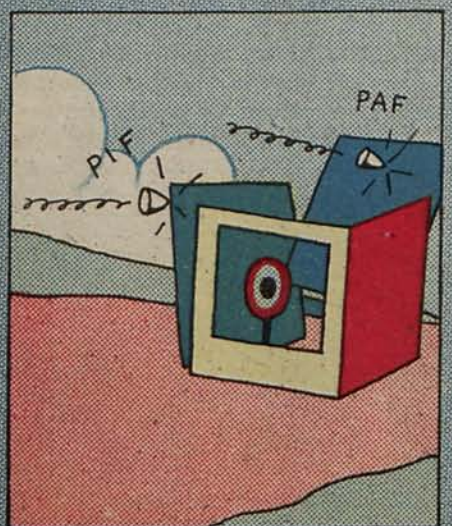
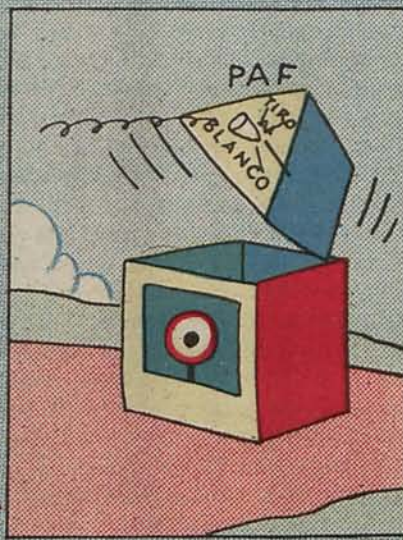
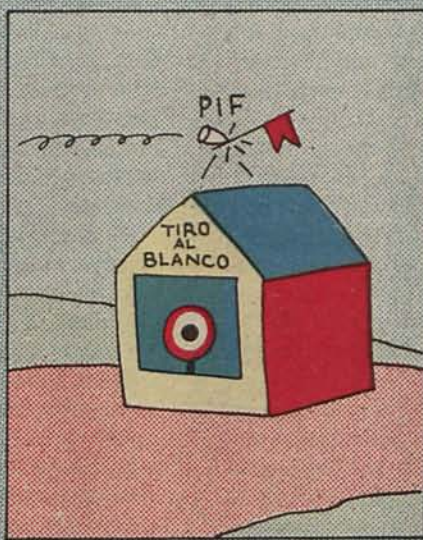
No obstante los habitantes de la costa afirmaban haber visto algunas noches grandes llamas que se elevaban de aquellos bajos fondos y de haber cogido en sus alrededores grandes cantidades de peces perfectamente cocidos. Nadie quiso prestar crédito a aquellos cuentos que creían inventados por la ardiente fantasía de aquellos pescadores salvajes: el *Wright* pues, había levado anclas sin preocupaciones por parte de sus pasajeros que además ya estaban habituados a efectuar aquel viaje. En efecto todo marchaba bien: el buque estaba ya a la vista de la costa y siendo de noche había aumentado la velocidad pues mi hermano quería entrar en Puerto Wilson al amanecer. Siguió la misma ruta que hoy hemos hecho nosotros y al llegar al bajo fondo avanzó con lentitud pasando de largo como indicaba la carta marina. A bordo reinaba la alegría. Los pasajeros que ya se veían tan cerca de tierra habían organizado un gran baile en el salón y se danzaba con alborozo.

(Continuará en el próximo número)



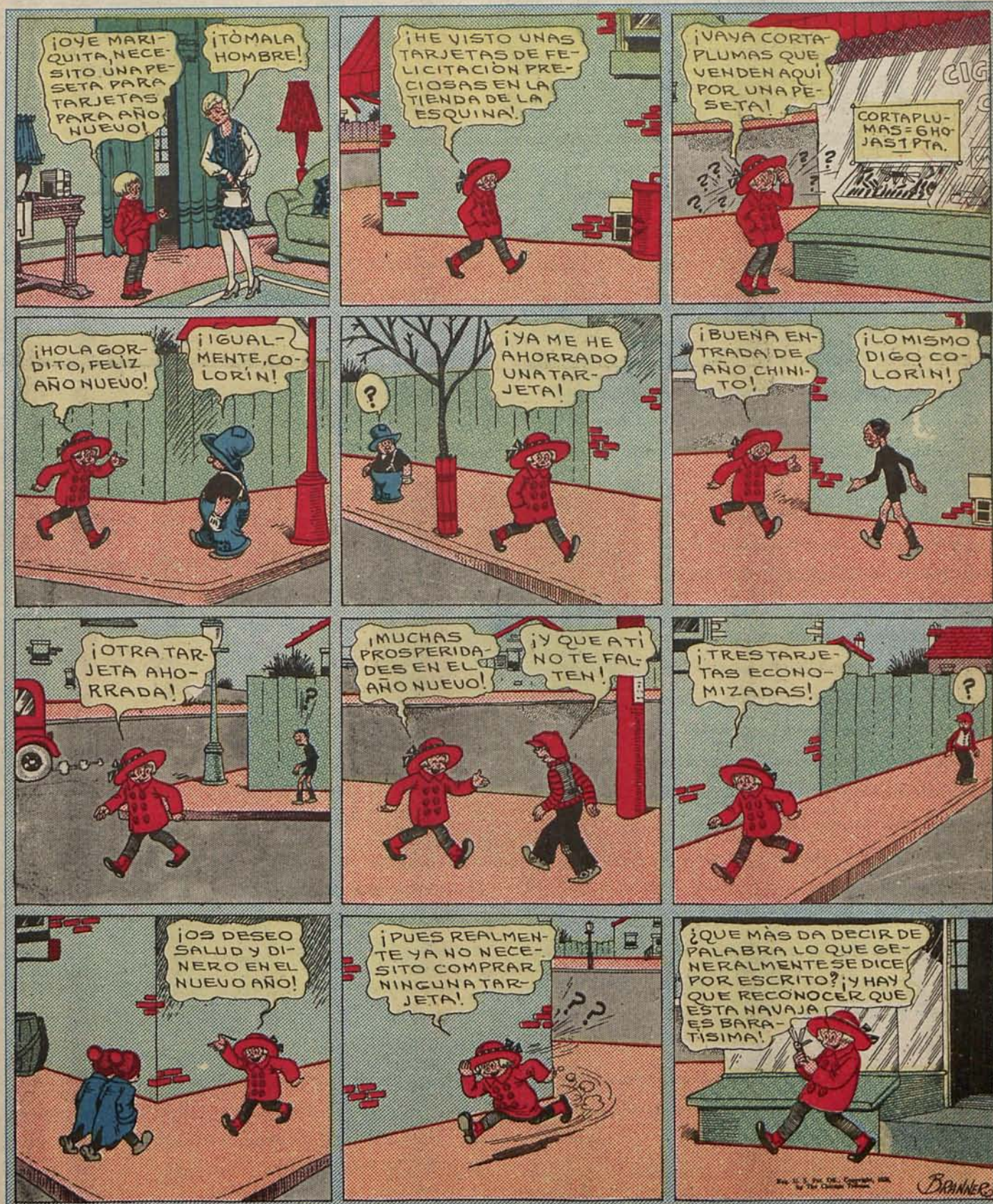


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

EL LEGADO DE LA TÍA PILAR

Castillo

La tía Pilar era una viejecita soltera, de cara arrugadita, pero muy simpática y bondadosa: en su juventud había sido rica, pero su padre fue desgraciado en los negocios que emprendió y no le había dejado sino una posición modesta que ella mejoraba con su prudente y cuidadosa administración.

Tenía alquilada una modesta casa: su mobiliario era antiguo; pero, por la limpieza y el cuidado, estaba reluciente y como si fuera nuevo.

No tenía alhajas; y sus días los pasaba en un perfecto estado de tranquilidad, trabajando delante de un costurero que era una obra de arte.

En su interior estaba compuesto por una infinidad de cajoncitos, perfectamente arreglados, y que contenían horquillas, agujas, botones, corchetes y una gran cantidad de carretes y ovillos de hilo, seda y estambre; todo perfectamente colocado y arreglado; de modo que, cuando quería servirse de ellos para su labor, con los ojos cerrados hubiera podido hacerlo.

Las cortinas, las ropas de la casa, todo llevaba el sello de su laboriosidad; pues cuando tenían alguna rotura, ella, con gran maestría, la componía y zurcía de tal modo, que se confundía su labor con el primitivo tejido de la tela.

Sus vecinas estaban maravilladas de la perfección de sus labores, y decían que todos aquellos zurcidos eran como obra de un hada.

La tía Pilar, como la llamaban, tenía varios sobrinos, hijos de hermanos y hermanas de su difunto padre, y, por tanto,

sobrinos en segundo grado: al morir una de sus tías, dejó una niña llamada Consuelo, que quedó en el mayor desamparo, pues su padre, muerto hacía dos años en una guerra, no le había dejado herencia alguna.

La tía Pilar se encargó de la niña y le enseñó el zurcido y el bordado, artes que no tardó en dominar.

A Consuelito le llamaba mucho la atención el costurero, que ella decía que era mágico, y cuya llave llevaba

siempre pendiente del cuello la tía Pilar.

Consuelito no se atrevía a tocar el costurero y devoraba con sus ojos todos aquellos cajoncitos que encerraban carretes y ovillos de algodón, seda, hilo y estambre.

Consuelito vivía feliz y dichosa con su tía, y rara vez salía con la anciana a dar un paseo por el campo o a tomar el té en casa de un vecino.

Sucedió un día que la tía Pilar se puso

mala y tuvo que guardar cama.

Consuelito no se separó de la cabecera, y así permaneció por espacio de ocho días.

Agravóse la tía Pilar, y después de recibir, como buena cristiana que era, los Santos Sacramentos, expiró en brazos de Consuelito.

Días antes de morir, entregó a su sobrinita la llave del costurero, y le dijo que la conservara cuidadosamente, sin entregarla a nadie, hasta que, abierto por su notario el testamento, supiera el uso que debía hacer del costurero.





Pasado el novenario de la defunción, se reunieron en la casita todos aquellos parientes que antes no habían hecho caso de la tía Pilar, pero que en esta ocasión se creían con derecho a heredar lo poco que la pobre mujer había dejado.

Todos creían que la mayor parte del mobiliario sería para Consuelito; pero la tía Pilar lo había dispuesto de manera que a cada pariente le quedara algo.

A Consuelito le dejaba el costurero, cuya llave anteriormente le había dado, recomendándole además la piedad, el amor a Dios, y que cuando pudiera socorriera a los pobres; y que en sus labores no gastara más seda, hilo, lana y algodón que los que contenía el costurero.

Pronto se repartieron los parientes la corta herencia de Pilar y dejaron materialmente limpia la casa; de tal manera, que en ella sólo quedó la cama de Consuelo y el costurero.

Cumpliendo fielmente el encargo de su tía, iba empleando ya un ovillo de algodón, ya un carrete de hilo o de seda de los que había heredado con el costurero. Llegó un día que escaseó la labor, y, sin embargo, era necesario vivir, por lo que buscó recomendaciones, y pudo adquirir una para la casa de una marquesa, cuya hija debía casarse dentro de poco.

La señora, al tomar informes de Consuelito, supo lo buena que era, y le confió una gran parte del equipo de su hija.

Siempre que entregaba la labor y recibía su importe, destinaba una pequeña cantidad a socorrer las necesidades de sus vecinos más pobres, los cuales la llenaban de bendiciones siempre que la joven iba en casa de los menesterosos para llevarles un socorro en metálico o en especie o en ropa, destinada para los niños, a quienes socorría con predilección.

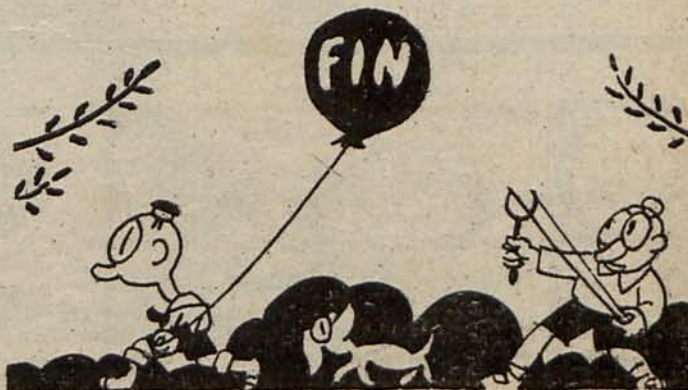
Sucedió un día que uno de los grandes ovillos de algodón con que bordaba se acabó; y, no quedando más que una hebra, dejó sobre la mesa el papel en que el algodón estaba devanado; iba a coger otro ovillo y tirar aquel papel inútil, cuando le extrañó lo bien dobladito que esta-

ba; y, como ya había terminado la labor, se puso, por curiosidad, a desdoblarlo; y ¡cuál no sería su asombro al ver que era un billete del Banco de España de mil pesetas!

Consuelito, llena de alegría, se fué a su casa, visitó a sus vecinos pobres y les socorrió con largueza, proporcionándoles ropas y abrigos.

Cuando entró en su casa se arrodilló, dió gracias a Dios por el hallazgo y rogó por el alma de su tía Pilar, comprendiendo el beneficio que le había hecho al dejarla por heredera del costurero, sin dar motivo de celos y envidia a sus demás parientes. Comprendió también que su tía, al hacerle aquel regalo, lo había hecho con la intención de que, dedicándose al trabajo, siempre al concluir uno de los ovillos encontrara igual cantidad, remediando de este modo su miseria con el fruto de los ahorros y economías de su pobre y viejecita tía Pilar.

Otra mujer cualquiera, tal vez al comprender la intención de su tía, hubiera deshecho todos los ovillos para ver cuántos billetes contenían; pero Consuelito siguió trabajando, y con el fruto de su labor y los billetes que iba encontrando a medida que gastaba los ovillos, arregló su casita, comprando los muebles necesarios. Al fin se enamoró de ella un honrado oficial de ebanista, y Consuelito decidió casarse. Ambos fueron muy felices; y con lo que encontraron siempre que se terminaba un ovillo pudieron establecer un taller de ebanistería, que, con el tiempo, fué el mejor de toda la población. La laboriosidad y la honradez hallan siempre premio si van unidas con el respeto, el amor a Dios y la caridad para con los pobres





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Oye, mi querido buho ¿a ti te gustan los perfumes?

—A mí, mucho ¿y a ti?

—Extraordinariamente; pero los que más me gustan son los perfumes naturales. No sabes cuanto disfruto aspirando el perfume de las flores. El nardo, el jazmín, la rosa, el azahar, la violeta y otras mil flores que podría citarte me embriagan con sus penetrantes y delicados aromas. ¿Por qué tienen perfume las flores?

—Porque necesitan tenerlo. Todo en la Naturaleza tiene una finalidad determinada, y el perfume de las flores tiene por consiguiente, la suya.

—Antes de hablarme de esa finalidad quiero que me digas de dónde sale ese perfume. ¿Qué sustancia es la que lo produce y cómo las flores obtienen esa sustancia?

—Las plantas, o mejor dicho, muchas plantas, porque no todas tienen perfumes, elaboran ellas mismas en su interior un aceite o esencia que se localiza en las flores y exhala ese aroma tan agradable que a todos nos gusta. Esta sustancia es uno de los jugos que en su interior encierran las plantas, lo mismo que la savia, que es el jugo que las nutre, e igual que la clorofila, que es la sustancia que da el color verde a las hojas. Casi todas elaboran este aceite esencial con arreglo a un mismo principio y aunque los aromas son tan distintos unos de otros, el aceite que los produce tiene la misma composición química. Sólo consta de dos elementos; hidrógeno y carbono.

—Entonces será fácil fabricar perfumes parecidos a los de las flores.

—El fabricarlos es cosa relativamente sencilla, pero lo que es difícil es obtener un perfume tan penetrante, tan persistente y tan aromático como el que dan las flores.

—Pues yo he oído perfumes tan idénticos a los de las flores que parecían desprenderse de las flores mismas.

—Es que los perfumes buenos se obtienen de la esencia de las flores. Los aceites esenciales que se utilizan en la fabricación de los perfumes caros, son extraídos de la flor y cuidadosamente encerrados en frascos muy bien tapados, porque como son muy volátiles se esparcen en seguida por la atmósfera.

—¿Quieres ahora decirme para qué necesitan las flores su aroma? No creo que la única utilidad sea la de proporcionar sustancias para la fabricación de esos perfumes que tan lindamente se presentan en los escaparates de muchas tiendas.

—La finalidad natural de la esencia de las flores no es esa, desde luego. Fíjate en que la parte perfumada de las plantas es solamente la flor. Ni el tallo, ni las hojas, ni las raíces, huelen bien. Es tan sólo la flor. ¿Y tú recuerdas el objetivo de la flor cuál es?

—Producir semillas.

—Y estas semillas una vez maduras producen al caer sobre la tierra nuevas plantas. Pero estas semillas o simientes han de contener cierto líquido que se elabora al contacto de la

semilla con una sustancia llamada «polen» que es un polvillo que reviste las hojas y los demás órganos de las flores. Para que la reproducción de plantas pueda efectuarse es preciso que el «polen» de unas flores pase a otras.

—¿Y cómo puede esto realizarse si las plantas no se mueven de donde están?

—Por medio de los insectos. Las alas de estos animalitos son el vehículo que lleva de unas flores a otras el polvillo prolífico. Para atraer a los insectos están las flores dotadas de vivos colores y de embriagadores aromas. Esta es la finalidad del perfume.

—¿Y cómo es que no todas las flores huelen?

—Porque hay algunas que en vez de los insectos es el aire el que lleva de un lado a otro el «polen», y estas no necesitan llamar a los insectos para nada, por eso, las flores de estas plantas son por regla general pequeñas, de colores poco llamativos y sin perfume alguno.

—Chiquitita es la violeta y sin embargo huele muy bien muy bien.

—Precisamente para suplir el defecto de su tamaño está dotada de un perfume excelente. Ya sabes, además, que la violeta nace en sitios escondidos y rodeada de otras plantas que por su mayor tamaño la dejan escondida, pero su penetrante aroma la descubre lo mismo que si tuviese una campanilla para llamar a los insectos.

—¿Y es mucha la cantidad de esencia que contienen las flores?

—La que contiene cada flor es una cantidad insignificante. Hacen falta muchas flores para obtener algunos gramos de aceite esencial. Por esto adquiere tan altos precios en el comercio.

—¿Es bueno el uso de los perfumes?

—Desde luego, aparte la sensación de agrado que producen en el que los aspira, tienen también la beneficiosa propiedad de que destruyen toda clase de microbios. Lo que para nosotros es tan agradable es para ellos un veneno.

—Entonces las flores se verán libres del ataque de los microbios.

—Indudablemente. Como que es otra de las utilidades que a las plantas proporciona el perfume de sus flores. Aniquilar los microbios con el veneno de su aceite esencial.

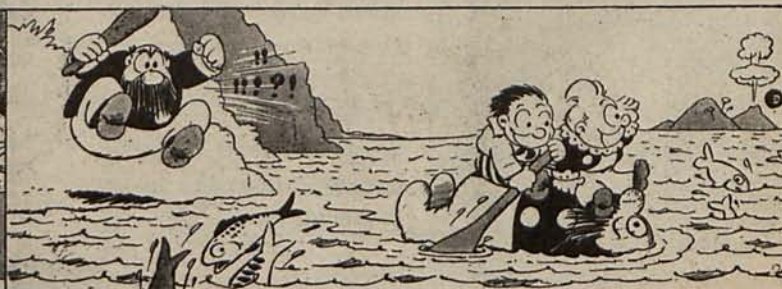
—Ya sé, pues, el medio de que no me ataquen los microbios. Llevaré siempre puesta en el ojal una flor de las más olorosas. ¿Qué te parece?

—Que estarás muy guapo con ella, pero como la esencia la tiene la flor y no tú, los microbios no te tendrán a ti miedo por muchas flores que lleses en el ojal. No es el perfume el que los mata sino el líquido de donde el aroma se desprende, y este líquido no puedes llevarlo tú en tu propia carne.

—¿No adelanto nada con eso?

—Ya te he dicho que estarás muy guapo.

—Gracias, querido buho.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Dos Botas
M. González



Un holandés
M.ª Nieves Alonso



Don Turu
M. Segura



Retrato
M. Morales
10 años



Curriche
J. Requena



El castillo de Pirula
Consuelo Santurtun - 11 años



Tin
R. Rodríguez



Un coche
Enrique Benedito



Mi gato
Carmen
Taserena



Un castillo
SALVADOR



El chino Ching
Chong.—R. R.



Morronguis
Andres Sanchez
13 años



Una llorona
Amalia Moreta



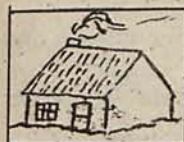
Caballo
M. Palacios



Pinocho
F. G.



D. Panfrito
Santiago López



Casita de mi aldea
Mari-Lola Briyan
9 años



El buho
J. M. Lumbreras



Mi papá
Julio Muñoz



¡Hurra!
Joaquín Mestres



Colorín
Emilio M. L. de
Moreta



Laura
Lolita Mendoza
10 años



Mi muñeca
Elisa Lairado
7 años



Póloito
Jorge Fernández
13 años



Un ciervo
Rosario Losada



Un dandy
Paquito Cienfuegos
9 años



Un aeroplano
A. ARBOIX



Curriche
J. Alemany



¡Cataplám! ¡Cataplúm! es uno de los 8 tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.

Precio UNA peseta.



Don Turú enfadado
Román Jugo



Charlót
Juan Maza



Pensamiento
J. Torrecilla



Dama Antigua
Cecilia Revilla



Poca ropa
Juanito Tellería



Mi hermana Pina
Inés Jaraquemada



Pinocho
Eduardo Sánchez



Charlót
M. G.



Por malhechor
Felipe Figueroa



Tin
María Baez



Un león
José Brusques

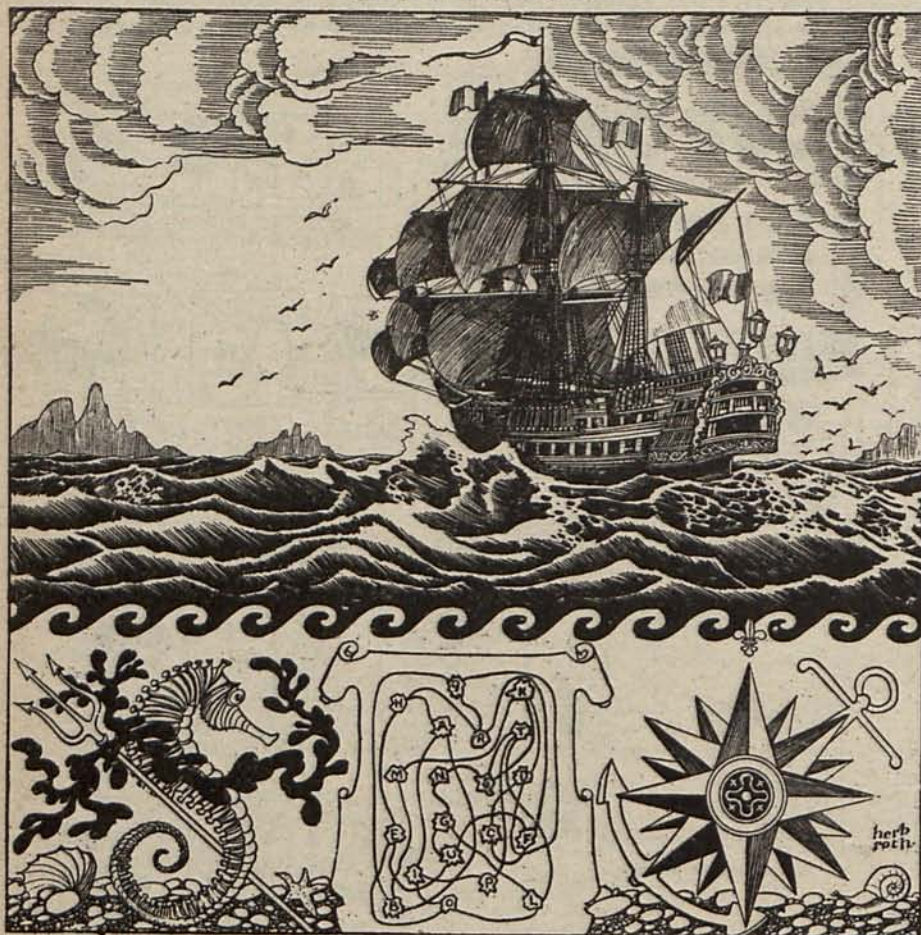


Don Turú
Jaime Bolaña

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pínochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pínochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL GALEÓN



EL ELEFANTE GEÓGRAFO

- ① A. NEVILCA
- ② D. BORO C.A
- ③ IROSA
- ④ C. DIAZ
- ⑤ ANA C. LOBER
- ⑥ SER C. CEA
- ⑦ EL RUTE

- ⑧ B. LIO BA
- ⑨ D. OEIO. V



Don Elefante se ha emborrachado y ha cogido una *cogorza* completamente geográfica. Como que ha escrito en la pared los nombres de nueve ciudades españolas y ha trabucado las letras.

¿Sabréis vosotros averiguar cuales son esas ciudades?

Aquí tenéis un galeón. «El tenor» Precisamente en el momento en que se hizo este dibujo se disponía a hacer un largo viaje.

Partiendo de A (consultad el plano que hay debajo del galeón) se proponía visitar todas las demás islas del mapa una sola vez, terminando en A su viaje.

Pero hay que tener en cuenta que la visita a C, isla poblada de salvajes, tenía que retrasarla el mayor tiempo posible.

¿Qué itinerario siguió?

DIBUJO CON ERRORES



Siete errores tiene este dibujo. ¿Cuales son?

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

DE PESCA

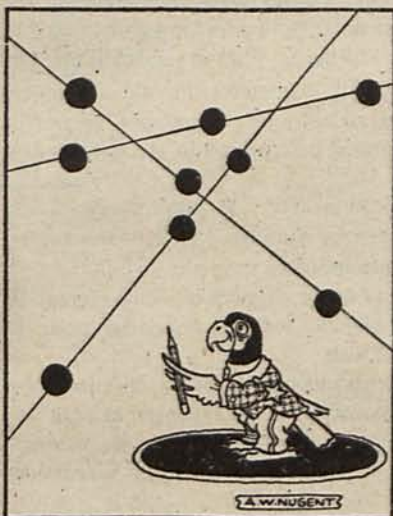
LA TORTUGA Y EL RATÓN



LOS PATITOS



EL LORO PENSATIVO



Dibujo con errores.—N.º 194

- 1.—Una solapa del camarero monta mal en la chaqueta.
- 2.—Tiene un botón negro y otro blanco.
- 3.—El nivel de agua en la botella está torcido.
- 4.—Un salero no tiene agujeros.
- 5.—Lleva una toalla en vez de servilleta.
- 6.—Sostiene la bandeja con dos dedos.
- 7.—Falta sujetador a la estilográfica.
- 8.—El aro y el pitorro de la tetera están en el mismo lado.

Dibujo con errores.—N.º 196

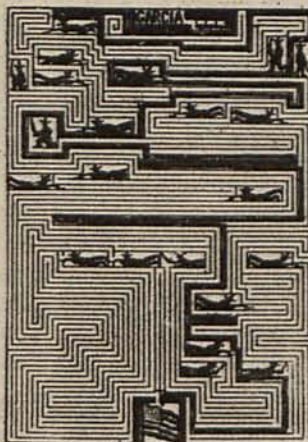
- 1.—El chico mayor lleva los lentes desunidos.
- 2.—Tiene una solapa más alta que otra.
- 3.—La regla que lleva en el porta-libros no está recta.
- 4.—Le falta un tacón.
- 5.—Al chico del fondo le falta un puño.
- 6.—Un extremo del asa del porta-libros está separado de éste.

Dibujo con errores.—N.º 197

- 1.—Le falta un cordón al cuadro.
- 2.—Un extremo es cuadrado.
- 3.—La bandera de la barca no tiene la misma dirección que la vela.
- 4.—El reflejo del agua no concierda con la luz del sol.
- 5.—Los aparatos de luz son distintos.
- 6.—Uno de los adornos del reloj no se apoya en la chimenea.
- 7.—A un morillo le falta una pata.



LOS GUARDIANES DE LA FINCA



LOS PATITOS





Sección Pirula

UNA CAJA DE BOMBONES

Wa (Esto puede parecer así al pronto, un ladrido; pero no, es el nombre que le da todo el mundo a mi querida

Pirulinda Waldina; la llaman Wa, pronunciando Uva) tiene la intención de regalar un caja de bombones a su prima Siuca (¡vaya! otra explicación; ya comprenderéis que esto tampoco es un verdadero nombre; la primita de Wa se llama Hortensia, pero para abreviar la dicen Hortensiuca, y Siuca) en el día de su santo.

Claro que podría elegir un regalo más original, más práctico, más caprichoso que ese; pero lo primero que hace falta al elegir un regalo es que sea del agrado del destinatario. ¿No es verdad? Y Wa sabe muy bien que nada puede gustarle tanto a Siuca como una caja de bombones, ya que Siuca siente por los bombones una marcada debilidad; debilidad que Wa comprende por el sencillo motivo de que la comparte. Ahora que hay muchas maneras de regalar bombones; en una caja corriente, comprados al peso, es como menos gracia tienen ¿no? Se trata pues de elegir una caja bonita que sirva luego para guardar en ella pañuelillos, guantes, cintas, lo que sea. De este modo, cuando hayan desaparecido todos los bombones (que será regularmente a las pocas horas de recibidos) al menos quedará del regalo un recuerdo duradero, material. Ahora que se plantea ante Wa un grave problema; dispone para adquirir los bombones de una cantidad respetable: un duro. Cinco pesetas es... bueno, mucho no es mucho, pero vamos, para bombones solamente puede ser bastante. Pero para comprarlos en una caja bonita, es poquísimo. Wa ha revuelto por lo menos una docena de confiterías; ha examinado todas las cajas; las bonitas, las que le gustan, son de un precio tal que a su lado el hermoso duro queda reducido al valor de un insignificante centimillo. Las de un precio aséquible... son feísimas. Queda una solución que es para una Pirulinda, la mejor, la más sencilla de todas; consiste en adquirir los bombones encerrados en una caja ordinaria, una de las más feas, de esas que son de cartón con una estampa pegada; y convertir luego esta caja pobretona en un dechado de elegancia y de originalidad. La solución, además de ser económica, entraña su miaja de egoísmo: proporciona a Wa una labor graciosa y divertida, de esas que a vosotras, tanto os gustan. Adjunto tenéis un modelo: no vayais a creer, al verlo, que se trata de reproducir lo pintado; se trata de hacerlo a realce, de vestir a la figurita «de verdad». Lo primero es preparar el fondo; debe ser de seda (a ser posible de tafetán) azul pálido. Sobre este fondo, en la parte superior, se colocan las nubes que son de tafetán blanco o gris perla y se pegan al punto que se quiera, siempre que sea muy

menudo. Mejor dicho, se cosen y luego se tapa la pegadura con un fino punto bordado. En la parte inferior del fondo, va pegado un trozo de tafetán verde claro que figura la hierba. El rosal se borda al *plumetis* en verde oscuro o en marrón; y la rosa se hace con una cintita en varios matices de rosa. Lo esencial es la figura, que va vestida a estilo del año 1860, poco más o menos. El contorno de la cara se dibuja con un fino trazo de tinta china y lo que se vé de carne, mejilla, cuello, manecita, se pinta al gouache dándole un tinte sonrosado muy tenue. El vestido puede ser de tafetán amarillo; el cuerpo va sencillamente pegado, salvo el cuello que está formado por una cinta fruncida pegada por uno de sus bordes, nada más.



Para hacer la falda, se corta primero un trozo de muselina blanca, sobre el cual se colocan los volantes, formados por una cinta fruncida cuyos extremos se doblan sobre la muselina, de suerte que los volantes quedan en hueco. La cintura es una cintita negra, muy estrecha, de las que se utilizan para los adornos de florecillas Rococo. Para el pantalón que rebasa la falda como era moda en aquella época, basta con pegar, por su borde superior una puntillita de tela blanca bordada.

Las botas son de paño oscuro y los botones se simulan con gruesos bodeques bordados en negro.

La capota es de organdi blanco o crema; la copa va pegada todo al alrededor; pero el ala queda al aire.

Una vez terminado esta especie de cuadro en relieve se coloca sobre la tapa de la caja (ni que decir tiene que el tamaño de uno tendrá que ser adaptado al de la otra) y para sujetarlo se pega todo alrededor, con cola, una cinta o, mejor aún, un galón, que va «a caballo» si así puede decirse, sujetando a la vez el cuadro y a la caja.

Ya ha terminado Wa su caja de bombones que ha quedado magnífica, estupenda. ¿Os interesaría conocer el vestido que lleva Siuca en el instante solemne de recibir de manos de su prima, el precioso... y sabroso, regalo? Pues bien, vedlo aquí: es de crespón de China, color de rosa salmón; el cuerpo forma un bolero, la falda está formada por tres volantes; las mangas, el cuello, la corbata, los volantes y el bolero, todo está finamente rematado por un piquillo azul marino. ¡Ajá! la elegancia de la damita homenajeada no desmerece al lado de la elegancia de la caja que le es ofrecida.

